

LÉO HAMON

ESTRATEGIA CONTRA LA GUERRA

LAS IMPLICACIONES DEL ARMA NUCLEAR

POR VICENTE HUESO GARCÍA

HAMON Léo. La stratégie contre la guerre, editada en 1966 en París (edición española publicada en 1966 por Ediciones Guadarrama en Madrid con el título «Estrategia contra la guerra»), 8 capítulos divididos en tres partes y 276 pags.

Léo Hamon nació el 12 de febrero de 1921 y falleció el 27 de octubre de 1993. Su vida fue larga y fecunda. En otros trabajos fue corresponsal de guerra, liberador, en 1944, del hotel de París y artífice de la posterior tregua. Hamon también fue vicepresidente del comité parisino de liberación. En 1945 fue elegido consejero municipal de París y llegó a senador del Sena. En 1968 fue elegido diputado por Léssonne en la Asamblea Nacional, más tarde fue nombrado por George Pompidou Secretario de Estado.

Este hombre también desarrolló una brillante carrera universitaria. Ejerció la docencia como profesor de la Facultad de Derecho de Dijón. Después enseñó en Orleans y más tarde en París, en la Universidad de Pant-héon-Sorbonne. Él ante todo fue un maestro del Derecho. Su obra, «Los juicios de la Ley», sobre la jurisprudencia del Consejo Constitucional, permanece aún hoy como una obra de referencia. Además fue un organizador infatigable de asociaciones y seminarios.

Entre sus obras más importantes se pueden destacar: *Acteurs et données de l'Histoire* (1971), *Du jansénisme á la laicité. Le jansenisme et les origines de le déchristianisation*, *Le role extra-militaire de l'année dans le tiers monde* (1966), *socialisme et pluralités* (1976), *Les républicains sans le Second Empire* y *La région de De Gaulle á nos jours*.

La obra que aquí se expone quizás no pertenece a los trabajos clásicos sobre estrategia, ni tampoco es excesivamente conocida; sin embargo, este autor con una amplia experiencia en el campo académico, político y de la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial, aporta sus reflexiones sobre las relaciones entre la guerra y la política, cómo la técnica influye en esas relaciones, cómo ha afectado la aparición del arma nuclear en la concepción de la guerra, en qué medida este avance técnico contribuye a la paz mundial, y que consecuencias puede tener el aumento de Estados en posesión del arma nuclear para la estabilidad internacional.

El autor para responder a estos y a otros interrogantes parte de los principios básicos estratégicos vigentes en la época de elaboración del libro, así como las principales tesis de los pensadores clásicos, especialmente las del general Beaufre. El libro se articula en tres partes básicamente. En la primera se estudia los problemas más generales de la estrategia, tomando ejemplos e ilustraciones del período prenuclear principalmente. La segunda parte está dedicada a seguir de cerca el desenvolvimiento del pensamiento estratégico, analizando los escritos «prenucleares» de Mao Tsé-Tung y del comandante de Gaulle. Una tercera y última parte consagrada a la estrategia de la época nuclear. El autor considera la conmoción creada por la aparición del arma nuclear, los problemas de su empleo y, más aún, los de la disuasión, las condiciones y las consecuencias de la aparición de nuevas potencias nucleares. Ésta es la parte central del libro, donde el autor galo presenta las mayores aportaciones.

A la hora de abordar la «estrategia contra la guerra», hay que tener presente las coordenadas en las que se desenvuelve esta obra. Por un lado, la guerra de Vietnam no había finalizado y existía el temor de muchos a que estos conflictos, inicialmente limitados, pudieran ir escalando hasta el empleo de armas nucleares tácticas e incluso estratégicas. Ante este dilema, la opinión mundial se divide entre «optimistas» y «pesimistas» nucleares. Léo Hamon se alista con los primeros, al reconocer el pánico mismo que el arma atómica provoca produce una garantía de paz, y este libro lleva la huella de dicho optimismo.

La otra coordenada a considerar, es que en esa época Francia acababa de formar parte de los Estados que disponían de arsenal atómico y por tanto, intentaba desempeñar el papel internacional de acuerdo con el *status quo* adquirido mediante dicha arma. A lo largo de la obra, el autor francés intenta justificar la actitud de Francia en sus relaciones con las otras potencias nucleares, especialmente con los Estados Unidos. Igualmente, aunque de forma indirecta, explica el nuevo *status* del país galo en el seno de la OTAN; no obstante, Hamon fue miembro del gabinete de Pompidou.

La guerra, como cualquier otro fenómeno social, está sometido a los cambios y vaivenes que experimenta la propia sociedad, ya sea por razones políticas, económicas, sociales, tecnológicas o de cualquier otra índole. La evolución de la guerra se ha caracterizado por una amplitud progresiva en todas sus magnitudes. La guerra hasta la Revolución francesa llevaba una vida separada del conjunto de la sociedad. La guerra moderna, por el contrario, se ha transformado, según Hamon, en un fenómeno de masas, donde retaguardia y vanguardia tienden a confundirse; donde las pérdidas en vidas humanas no discrimina entre combatientes y no combatientes; y donde el respaldo técnico, industrial y económico, son aspectos claves en el desarrollo de este fenómeno. Por eso, la guerra moderna afirma el autor:

«Exige pues, una movilización psicológica que persuada a la nación entera de la necesidad vital de aceptar estos sacrificios para evitar males mayores. Nadie ha de ignorar que concierne a todos».

Hamon después de analizar diferentes definiciones de la guerra, quiere llevar al ánimo del lector el carácter complejo de la misma y de las causas que lo origina. El cree que del análisis histórico de la guerra se puede deducir que no existe una razón única que desencadene la guerra, más bien es una combinación de distintas causas. Por eso, a la hora de medir la previsión favorable o contraria a la guerra no se pueden estudiar por separado los factores económicos, ideológicos, políticos y sociales. A todos ellos, añade el autor, hay que sumar la influencia del hombre de Estado, con su voluntad de evitar la guerra o, por el contrario, de provocarla.

La guerra siempre es un drama social, pero, según el autor, también sirve de motor de cambio de la sociedad como consecuencia de los efectos propios de la guerra. Así la lucha armada origina efectos demográficos, no sólo por el número de bajas durante la propia acción, sino también después del silencio de los cañones, como la reducción de la natalidad o la distorsión de la pirámide poblacional.

En el terreno económico, entre otros efectos, se puede citar la aceleración de la industrialización. Al referirse a Francia, señala que el desarrollo de la industria pesada, la creciente intervención del Estado y la aceptación común de su papel económico provienen de la Primera Guerra Mundial.

En el campo social destaca, entre otros, la transformación de la vida familiar, al tener que incorporarse la mujer en masa al trabajo productivo durante la guerra o el cambio de élite de un país. También, durante la Segunda Guerra Mundial en Francia se produjo una profunda mutación de la sociedad francesa. Hasta 1939, la élite era conservadora en lo económico y en lo social, pero la guerra puso en evidencia que era imposible vivir como antes. La experiencia de la contienda llevó a un esfuerzo de educación y de información que transformó dicha sociedad.

La guerra también puede acarrear consecuencias políticas, en muchas ocasiones los cambios políticos experimentados, sobre todo en el bando vencido, son verdaderas revoluciones. Así el final de la Segunda Guerra Mundial marcó el fin de las ideologías totalitarias en Alemania y en Italia.

Todos los fenómenos que llevan implícitos la guerra justifica para Hamon la creación de una ciencia de las guerras, al igual que abogaba Gaston Bouthoul en su libro «Le phémomene de la guerre».

El autor busca, a través de la estrategia, el nexo de unión entre la guerra y la política, si bien se apoya en las aportaciones que a este respecto realizaron Liddell Hart y sobre todo Beaufre. El resalta que según la sociedad ha ido avanzando, «*la estrategia desborda a la guerra*», es decir, el aspecto no militar de la estrategia se ha ido revalorizando. La estrategia no es sólo militar y además, lo militar no se encuentra aislado con respecto a los otros aspectos de ella. Al igual que Beaufre, coincide en señalar que las distintas estrategias generales y particulares se sitúan en un orden piramidal, donde unas son interdependientes de las otras. Por encima de ellas se encuentra la estrategia total subordinada directamente a la política. «*La estrategia no interviene más que cuando el fin político elegido suscita hostilidad*». Aunque la política y la estrategia militar utilizan medios diferentes en la consecución de sus objetivos, desde el punto de vista de Hamon, ambas conservan grandes semejanzas, ya que una y otra tienden a alcanzar al adversario en su punto más débil, poniendo a prueba su vulnerabilidad y resistencia.

Cuando la estrategia militar tiene que ser aplicada en la guerra, no es nunca el único recurso, aunque si ocupará, en la propia guerra, un papel

preponderante; pues, otras estrategias como la psicológica, la diplomática o la económica, se seguirán combinando con la militar para alcanzar el fin perseguido.

Dentro de los distintos elementos que influyen a la hora de determinar una estrategia, tanto en paz como en guerra, existe uno que el autor destaca como determinante, aunque no siempre bien ponderado, «el sentimiento colectivo». Ese sentimiento comprende: las pasiones de una nación, sus inclinaciones sentimentales, su tradición, etc. A esa influencia pasional «*se puede ponerle freno, nunca eliminar*». Frente al elemento emocional existe la influencia racional que limita los objetivos de acuerdo a las posibilidades propias y del adversario. La confluencia de ambas determina la estrategia a aplicar, ya sea militar, económica, diplomática o una combinación de ellas.

La elaboración de las distintas estrategias se ha ido haciendo cada vez más compleja, especialmente cuando la técnica avanza a velocidad de vértigo. La revolución estratégica es fruto de la técnica, la creación del arma nuclear es prueba de ello. La técnica siempre ha sido determinante en la configuración de la estrategia a seguir, la diferencia del presente respecto del pasado, es que la técnica hoy es inestable, antiguamente era estable e igualmente compartida por las partes.

Para el autor francés ese progreso técnico incide en la estrategia de varios modos. En primer lugar, en un incremento del coste humano y financiero de la guerra. Respecto al número de bajas, desde la guerra de 1870, donde murieron más hombres luchando que por enfermedad, el número de víctimas ha ido aumentando sucesivamente. Igualmente los gastos financieros de la guerra, debido a esa técnica, han ido creciendo continuamente. Existe otro efecto todavía más importante que acarrea la técnica y que incide en la estrategia, la necesidad de que todas las partes mantengan actualizadas sus fuerzas desde el punto de vista tecnológico o, de lo contrario, quedan eliminados de la posibilidad de alcanzar el éxito militar.

Segundo, eleva el nivel de los recursos necesarios para buscar la supervivencia, por tanto se requiere un mayor respaldo industrial, así como un mayor nivel de sacrificios de las respectivas poblaciones. El mayor desgaste que supone la guerra provoca también, sobre todo en el bando derrotado, consecuencias políticas y sociales profundas.

Tercero, en la propia concepción de la estrategia militar. Así los avances técnicos han supuesto, entre otros, la unión del movimiento con el fuego, que a su vez ha modificado la relación entre capacidad ofensiva y defensiva.

En definitiva, la innovación tecnológica se ha instalado como variable indispensable a considerar en la formulación de las distintas estrategias, especialmente cuando se incluyen las armas nucleares.

Después de revisar brevemente el pensamiento estratégico de Mao Tsé-Tung y De Gaulle, entra en la parte central de su obra, el arma nuclear. La aplicación de la energía nuclear al campo militar ha supuesto una revolución, no sólo por el explosivo, sino también por el avance de los vectores que lo transportan y por el desarrollo de la propia información. Esto ha significado que la protección de la distancia no exista, *«todo el universo está en primera línea»*.

El sentido común, en opinión del autor, nos dice que una guerra nuclear es demasiado terrible para ser provocada, por tanto, plantea la utilidad del arma atómica y los requisitos que debe reunir para que ejerza su verdadera finalidad, la disuasión. La idea de disuasión no está ligada exclusivamente al arma nuclear, lo que sí es verdad que antes, con el empleo de las armas convencionales, la disuasión era una de las diferentes alternativas, hoy, con las armas nucleares, es la única conducta razonable.

La disuasión nuclear es más duradera y efectiva que la convencional, porque, según Hamon, la certeza de destrucción (el autor a este concepto lo denomina: «eficacia del riesgo corrido»), incluso en caso de victoria de algunos de los contendientes, no compensa su utilización bajo ningún modo. Además, la disuasión nuclear tiene efectos sobre los mismos enfrentamientos con armas convencionales. ante el miedo que un conflicto de baja intensidad pueda escalar a otro nuclear.

El simple hecho de disponer del arma nuclear no significa tener capacidad de disuasión. El autor galo considera necesario que se den tres condiciones para ello. Una, disponer de capacidad de infligir un daño considerable al adversario. Dos, hacer verosímil el uso de esta capacidad. Lógicamente esta credibilidad dependerá de la importancia del objetivo en disputa, es dudoso que una potencia nuclear amenace y sea creíble con estas armas ante una dificultad menor. Tres, tener capacidad de supervivencia de las armas nucleares necesarias propias que permita la respuesta a la fuerza agresora.

En la década de los sesenta, Hamon pone ya al descubierto lo que es una gran preocupación al final del siglo XX, la proliferación de armas nucleares. La trivialización de la técnica, según el autor, ofrecería, en breve, la posibilidad de disponer de armamento atómico a otros Estados que no fue-

sen potencias mundiales. Los nuevos países que obtuviesen estas armas dispondrían de una cierta capacidad de disuasión, pero nunca podrían conseguir un dispositivo suficiente para eliminar las armas del adversario. Por el contrario, la adquisición de armamento de este tipo, además del gran gasto financiero que supone, va a tener que soportar las presiones y seducciones que ejercerán sobre él otros Estados para obligarle a abandonar tal empresa. ¿Por qué, entonces un Estado, a pesar de esos inconvenientes, quiere ser potencia nuclear? La respuesta del autor a su propio interrogante lo hace pensando en el caso francés y lo viene a resumir diciendo:

«Su decisión de hacerlo obedecerá a su voluntad de ocupar un lugar preferente en el mundo. Además, debe considerar su situación, sus riesgos, sus instituciones, a la vez que su capacidad de resistir a la presiones para obligarle a abandonar o a incorporarse a una participación colectiva. Se impone, pues, la existencia de una ambición nacional y la capacidad de realizar tal ambición».

El acceso al «club nuclear» de nuevos Estados no es siempre bien recibido por las potencias nucleares existentes, especialmente si éste es miembro de una alianza donde existe una gran potencia, pues, según Hamon, el refuerzo en términos militares que se consigue es muy inferior al debilitamiento político de la alianza; ya que los nuevos miembros nucleares aspirarán a desempeñar un papel de mayor protagonismo que hasta entonces y consecuentemente, la cohesión de la alianza se debilitará.

Finalmente, el autor vuelve a expresar su argumento inicial, las armas nucleares ofrecen la mejor capacidad de disuasión para evitar la guerra, pero matiza, siempre y cuando los Estados que las posean respeten las reglas del «club nuclear». Lógicamente, aquellos países que suelen transgredir las reglas del juego de la sociedad internacional crean grandes incertidumbres en caso de disponer de dicha capacidad.

El gran peligro para la paz mundial, en opinión de Hamon, no es el empleo del átomo en el campo militar, al contrario, su existencia es un garante de la misma; sin embargo, la proliferación nuclear indiscriminada sí es la verdadera amenaza a la coexistencia pacífica. Para evitar esta situación, el autor propone la existencia de una policía internacional que controle el acceso a este club y una vez en él, el cumplimiento estricto de las reglas del juego que rige la tenencia de armas nucleares. Quien mejor puede llevar ese control y supervisión, a juicio del autor galo, son los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Concluye Léo Hamon indicando que frente al arma nuclear se pueden adoptar tres posibles actitudes. La primera es inclinarse por la anulación de la innovación nuclear, actitud pesimista, que ni es satisfactoria ni eficaz, y se pregunta: *«¿Por qué razón el pacifismo, excluido el terror nuclear, iba a ser más eficaz ahora que antaño?»*.

La actitud inversa consiste en hacer eficaz un empleo efectivo de la técnica nuclear, trivializándola y fragmentándola para despojarla del horror que inspira, permitiendo así su uso efectivo o una disuasión más fuerte. *«Tal actitud nos expondría a la catástrofe o nos conduciría a una dominación mundial»*.

La tercera actitud, de optimismo técnico, desea no a través del medio nuclear hacer una guerra más terrible, sino la manera de evitarla. Aunque el autor se alinea con esta tercera opción, advierte que para que el arma nuclear pueda cumplir su papel:

«Es, pues, deseable que el arma nuclear conserve su terrible potencia y que existan varios poseedores, dueños de tal potencia, siempre que sepan conformarse a la reglas del juego».